

Antonio Morfín Maciel

¿Qué hacer para que alcance?

El presupuesto federal es el documento político por excelencia. Lo que ahí no aparece, simplemente no existe en la agenda del sector público. Es el resultado de una compleja negociación entre el gobierno en turno y la Cámara de Diputados, con la intervención de los gobiernos estatales y de numerosos grupos de interés, que lo mismo imploran que amenazan para asegurar su parte en el gran reparto anual de los dineros públicos.

La rebatiña en esta ocasión adquiere tintes de drama, pues ya es muy claro que no habrá modo de estirar la cobija presupuestaria para dejar a todos medianamente contentos.

El problema de fondo es que la asstringencia financiera del gobierno llegó para quedarse. No se trata de un asunto pasajero, sino estructural. El petróleo se acaba y, en caso de encontrarse nuevos yacimientos y de que hubiera con qué explotarlos, pasarían años antes de vender el primer barril. En pocas palabras, si los ingresos públicos siguen dependiendo del menguado petróleo, no se ve de qué manera se podrá financiar el gasto público en los años por venir.

En cualquier parte del mundo, excepción hecha de algún emirato, el gasto del gobierno se cubre mediante impuestos que todos pagan. Además, ese pago es indispensable para que el país cuente con una ciudadanía participativa y corresponsable: quien paga impuestos deja de esperar gracias del gobierno y se vuelve exigente. Más que votar, el rito de iniciación ciudadana es el pago de impuestos.

Para que todos aporten su parte, haría falta una reforma fiscal que de verdad ampliara la base federal de contribuyentes. Estados y municipios tendrían también que hacer lo suyo, y no sólo estirar la mano para que les dé la federación.

Sin embargo, el horno no parece estar para bollos tributarios. Se da por un hecho que en el Congreso nadie quiere hablar del tema. Ningún político quiere que le cuelguen el sambenito de nuevos impuestos y, claro, a nadie nos gusta que nos los cobren. Por eso se llaman así: impuestos. Sin embargo, en algún momento habrá que entrarle en serio al asunto.

Entre los motivos tras la resistencia a siquiera tocar el tema, se encuentra la apreciación de que buena parte de lo recaudado se desperdicia en gastos inútiles, se destina a la preservación de privilegios burocráticos y sindicales, o termina en el

bolsillo de algún funcionario corrupto. Antes que hablar de más impuestos, habría que gastar mejor lo que ya se tiene.

Un ejemplo puede ayudar a entender el punto del desperdicio. En el centro de la República hay más de mil personas dedicadas a "leer" los medidores de electricidad. Otros empleados procesan estas lecturas para dar trámite a la expedición de los recibos y al cobro correspondiente. Sin embargo, existen maneras mucho más baratas de hacer lo mismo. Las lecturas se pueden hacer vía satélite y conectarse directamente a la expedición de los recibos. Pero, ¿qué hacer con los trabajadores que serían desplazados con la nueva tecnología? La verdad es que esto no parece un problema.

Hay muchos pendientes que no se atienden por falta de esos recursos que tan a la ligera se desperdician. Un mejor mantenimiento a la propia infraestructura eléctrica no vendría mal, pues las fallas de suministro están a la orden del día; tampoco faltan calles, jardines y camellones ruinosos de los que nadie se ocupa; escuelas que claman por una manita de gato, etcétera.

Alguien dirá, con razón, que algunas de estas tareas las podrían hacer perso-



nas con sueldos muy inferiores a los de quienes toman las lecturas. Pero, aun si se les pagaran esos sueldos más altos, habría menos desperdicio y los impuestos rendirían más que como están las cosas, en que se paga por una tarea que no genera valor.

Es sólo un ejemplo, quizá trivial, pero ilustrativo, de lo que, desde la perspectiva del ciudadano de a pie, pasa con los impuestos. Para qué quieren más, si de lo poco que tienen mucho se tira.

Para que el ánimo social esté menos predispuesto contra los nuevos impuestos que en algún momento habrá que aplicar, hay que empezar entonces por evitar el desperdicio. Además, es indispensable acotar los privilegios sindicales en muchas entidades públicas y lograr que el Estado cumpla mejor sus obligaciones. Cuando esto pase, entonces será el momento para plantear la tan traída y llevada, siempre pospuesta, reforma fiscal. ☒

Correo electrónico: amorfin@anahuac.mx

Director del CADEN, Universidad Anáhuac